

# Apuntes para la discusión del legado militante de los 60 y 70 a partir de la experiencia de H.I.J.O.S.

---

**Nazareno Bravo**

*Incihusa-Conicet*

## Resumen

A partir de los debates sobre las consecuencias del proceso genocida en Argentina, se busca reconocer las limitaciones y posibilidades de recuperar las experiencias militantes previas al golpe. Para ello, se tendrán en cuenta algunos aportes elaborados por H.I.J.O.S. –especialmente en sus primeros años–, en tanto agrupación emergente de una nueva generación política en nuestro país.

El modo de abordar la cuestión de la lucha armada, articulado con la reconstrucción de los trayectos vitales de la militancia de los 60 y 70, resultó una vía de aproximación a un proceso de cuestionamiento hacia las representaciones impuestas por las versiones oficiales pero también a una mirada que la procesó en términos heroicos.

**Palabras clave:** generación política - representaciones - genocidio

## Abstract

*As from the debates on the consequences of the genocidal process in Argentina, this article seeks to recognize the limitations and possibilities of recovering the militant experiences prior to the coup. To do this, we will take into account some contributions drawn up by H.I.J.O.S. –specially in its first years–, in its capacity as an emerging group of a new political generation in our country.*

*The way to approach the issue of the armed struggle, articulated with the reconstruction of the vital trajectories of the militancy of the 60s and 70s, became a way of approximation to a process of questioning the representations imposed by the official versions but also to a view that processed it in heroic terms.*

**Keywords:** *political generation - representations - genocide*

Fecha de envío: 2019-06-06 / Fecha de aceptación: 2019-10-09

## Introducción

Este artículo busca aportar elementos para la discusión sobre las posibilidades de recuperar las experiencias militantes de las décadas de 1960 y 1970 por las generaciones que le siguieron. Específicamente, se apunta a los debates que surgen de la propuesta de Daniel Feierstein en torno a las consecuencias que implican los distintos modos de calificar los sucesos del pasado, el impacto de los conceptos y las representaciones referidas a procesos genocidas como el que provocó la última dictadura militar.

Según el autor, el genocidio logró de manera contundente corroer el lazo social y transformar las identidades colectivas para imponer unas que respondieran a la lógica de los sectores dominantes. En ese marco, las posibilidades de diálogo entre experiencias militantes anteriores al golpe y la de las camadas que le siguieron resultó en varios momentos una tarea dificultosa, cuando no imposible.

La articulación entre el orden genocida y la posterior apoliticidad, la indiferencia y el individualismo de los veinte años siguientes en Argentina no se explicaría tan sólo por la desfavorable correlación de fuerzas políticas y militares, sino por una incisiva y profunda transformación del propio lazo social, que incluso habría afectado las posibilidades de transmisión generacional de las experiencias. Esto articulado, por supuesto, con las correlaciones de fuerza globales y el fin de la Guerra Fría.

Este quiebre del lazo social opera de varias maneras, pero una de las más demoledoras la constituye la cosificación de la generación que vivió el genocidio como "primera y única", proceso que convierte a las generaciones subsiguientes en "huérfanas" en todo sentido, sea porque se les hace cargar con muertes que ni terminan de ser propias ni terminan de comprender, sea porque se confrontan con una generación que no alcanza a reconstruir un sentido coherente en la transmisión de su propia

experiencia, oscilando entre una idealización inalcanzable de los héroes asesinados y una renegación de las utopías alguna vez defendidas, modos polares e irreconciliables pero que, sin embargo, clausuran por igual la posibilidad de generar un legado transgeneracional, la propia posibilidad de transmisión.<sup>2</sup>

Es decir que existieron limitaciones concretas para poner en debate, procesar y asimilar la militancia de esa primera generación. En parte esto puede reconocerse en la elaboración de representaciones respecto de aquella experiencia que, según el autor, se realizó en términos de heroicidad, especialmente entre sectores militantes. Las principales consecuencias de dicha construcción para las generaciones siguientes pueden resumirse en la idealización de esa experiencia previa o la renegación de las utopías, opciones que derivan en limitaciones prácticas para la acción política. ¿Cómo cuestionar a una militancia que estuvo dispuesta a dar su vida por un proyecto de liberación? ¿Cómo continuar ese legado? Pero, también, ¿qué sentido tuvo esa experiencia? ¿Cómo involucrarse en la política en contextos diferentes?

En este marco, la premisa que intentaré desarrollar puede resumirse de la siguiente forma:

El modo de valorar la militancia de la generación de los 60 y 70 por parte de las agrupaciones de H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) desde mediados de los 90 se perfiló en términos de una valorización de la práctica militante que se destaca al menos por dos motivos. Por un lado, porque colaboró en la impugnación de los efectos paralizantes de la visión heroica/nihilista al interior del campo militante y, por el otro, porque se insertó como opción entre la perspectiva demonizante del discurso oficial y la humanitaria que enar-

<sup>2</sup> Daniel Feierstein, *Memorias y representaciones; sobre la elaboración del genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012, pp.161-162.

bolaron los organismos de derechos humanos.

¿Qué insumos aportó H.I.J.O.S. a la articulación de sentidos sobre la militancia de la generación de sus progenitores? ¿En qué prácticas y discursos de esa agrupación es posible reconocer elementos para dicha rearticulación? ¿Qué elementos de esta elaboración entraron en diálogo con otras experiencias coetáneas y permiten distinguir una nueva generación política?

Propongo responder estas preguntas a partir de considerar, por un lado, una serie de debates que se dieron durante la primera etapa de la entonces nueva agrupación de derechos humanos, en torno a la caracterización de la militancia anterior a la última dictadura. Por el otro, incluir aspectos organizativos en los que se plasmaron parte de esas definiciones. Para esto tuve en cuenta el derrotero de la consigna “Reivindicamos la lucha de nuestros viejos”, la palabra de integrantes, prácticas y discursos públicos de la agrupación de Mendoza, integrante de la Red Nacional, registrados entre 1995 y 2006.<sup>3</sup>

Se trata de un trabajo exploratorio en el que apelé a los insumos teóricos que provienen de la sociología en general y de los estudios sobre juventudes y participación en particular.

Me detendré a continuación en las discusiones que trajo aparejada la temática de la lucha armada en tanto ítem que aglutinó las aproximaciones sobre la militancia de los 60 y 70, tanto por su ca-

rácter inédito como por la centralidad que tuvo a partir de la imposición del discurso de la dictadura sobre la *subversión* y del planteamiento de la *teoría de los dos demonios* que se instaló en democracia.

### Qué hijas/os en H.I.J.O.S. y del “espíritu” a la “lucha”

En Mendoza, como en varias provincias argentinas, a comienzos de 1995 se produjeron convocatorias y reuniones que derivaron en la conformación de H.I.J.O.S. Como se ha señalado en otros trabajos, también en la provincia existieron redes, relaciones interpersonales y espacios que facilitaron su surgimiento<sup>4</sup>. Desde los primeros encuentros, convivieron lo que luego sería nombrado como “los cuatro orígenes”, esto es, ser hijo/a de desaparecidos,<sup>5</sup> de ex presos políticos, de fusilados o de exiliados durante la última dictadura. Poco tiempo después se encontró en la idea de “población abierta” la manera de formalizar la participación de aquellas personas que adherían a los objetivos más allá de su situación familiar y de materializar una perspectiva sobre los efectos del genocidio, que quedó plasmada en la frase “Todos somos hijos de una misma historia”, usada en calcos y remeras.

Desde un comienzo, la vinculación con ex presos políticos y militantes fue fluida, no solo por la participación de muchos de sus hijos en las reuniones de la agrupación, sino como fuente de información re-

<sup>3</sup> Esta propuesta se basa tanto en inquietudes sociológicas como en mi propia experiencia dentro de la agrupación en Mendoza. Esta formó parte activa de la Red Nacional de H.I.J.O.S. entre 1995 y 2006. Desde ese año y al menos hasta 2018, la militancia de H.I.J.O.S. en Mendoza se mantuvo pero con contactos más esporádicos y no articulados con las otras regionales. Las fuentes que se utilizarán son documentos públicos, entrevistas y cuadernos de notas en los que se registraron debates de la regional, aunque siempre en relación con la Red. El período 1995-2006 puede ser representativo de una etapa inicial de la agrupación a nivel nacional que se distingue –por contexto, lógicas internas y prácticas– de una segunda etapa que abarca desde las gestiones kirchneristas a la actualidad. Me interesa aclarar que considero H.I.J.O.S. un emergente de su contexto (tanto epocal como generacional) y desde allí me pregunto por las particularidades de su trayectoria como organización. Esto es, intento considerar su aporte sin aislarlo de situaciones coyunturales ni del resto de actores políticos, sociales y culturales que intervinieron en los debates y en el campo político en pleno neoliberalismo.

<sup>4</sup> Santiago Cueto Rúa, “El surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S.”, Cuadernos de Aletheia, N.º. 2, octubre de 2016.

<sup>5</sup> Se asume que tanto varones como mujeres vivieron estas situaciones, más allá de la forma de redacción.

ferida a la época, a los represores o a los padres y madres desaparecidos. Es decir, existieron, desde los inicios de esa elaboración colectiva que habilitó la grupalidad, insumos para percibir a los militantes de los 60 y 70 como seres de carne y hueso aunque con una militancia descollante y revolucionaria.

Estas cuestiones son fundamentales para reconocer un aporte a los debates sobre las consecuencias del genocidio, pero también como elemento para dar cuenta de las elaboraciones identitarias y políticas que me interesa plantear.

Aun a riesgo de limitar las motivaciones que llevaron a integrarse a esa agrupación, me interesa destacar que uno de los temas que marcó la agenda mediática del momento y que era citado frecuentemente en los primeros encuentros fue las declaraciones de Adolfo Scilingo. El represor, gozando de una impunidad garantizada por las instituciones, relató los procedimientos para eliminar físicamente a los militantes detenidos, conocidos desde entonces como "vuelos de la muerte".

Ante las repercusiones que tuvo el caso, muchos hijos e hijas cuyas edades oscilaban alrededor de los 18 años sintieron la necesidad de tomar la palabra. Ese "tener que decir algo" sobre la dictadura, los desaparecidos y la impunidad quedó plasmado no solo en discursos y definiciones, sino también en prácticas políticas.

El primer congreso nacional de H.I.J.O.S. se concretó en octubre de 1995 en Cabalango, Córdoba. Se acordó una forma de debate que apelaba a la participación directa de los participantes a partir de la asamblea y la búsqueda de consensos (no se votaba ni se imponían las mayorías, sino que se proponía "avanzar en los acuerdos y seguir discutiendo las diferencias").

Surgió tempranamente la necesidad de definir qué decir públicamente ante la cuestión de la lucha armada, eje central de los argumentos utilizados para matizar o justificar el carácter genocida del plan sistemático. Las distintas posiciones sobre este tema buscaron ser abarcadas en uno de los "puntos básicos" que unificaron a todas las agrupaciones en aquella primera etapa: "Reivindicamos *el espíritu* de lucha de nuestros viejos y de sus compañeros de lucha" (cursivas mías). Se apostó, con la inclusión de la palabra "espíritu", a contener tanto a quienes proponían abordar el tema de la lucha armada sin más como a quienes opinaban que esto implicaría un debate para el que no había suficientes argumentos (en Mendoza, por ejemplo, existía la fórmula "tenemos más preguntas que respuestas"). Además, la centralidad de la cuestión armada dejaba afuera una gran variedad de experiencias y situaciones, por lo que apelar a un "espíritu de lucha" compartido emergió como la primera respuesta acordada.

Sin embargo, pocos meses después, la postura de reivindicar la lucha, no solo su espíritu, logró consensuarse de forma definitiva y ese punto básico quedó redactado de la siguiente manera:

---

Reivindicación de la lucha de nuestros padres y sus compañeros por un país justo y solidario: reivindicamos la lucha de esa generación, más allá del lugar que haya elegido cada uno y de las formas que haya tomado. Los reivindicamos de forma crítica, para comprender los procesos políticos que se vivieron durante los años 60 y 70, y para que esas experiencias de lucha nos sirvan para construir nuestro futuro.<sup>6</sup>

---

El desafío de hablar públicamente de la lucha armada se asumió a partir de re-

<sup>6</sup> Folleto tríptico realizado por la Comisión Escuelas de la regional Córdoba en 1999. Un detalle interesante a nivel discursivo surge del señalamiento de una distinción entre "nuestros padres" y "sus compañeros de lucha". Entiendo que esta se basa en una forma de redacción que daba por hecho que quienes hablaban eran hijos de desaparecidos, de allí que hiciera falta representarlos a través de las palabras. En cambio "sus compañeros" eran quienes habían sobrevivido.

conocerla, discutirla, apostar a su contextualización y caracterizar sus motivaciones de manera amplia (“un país justo y solidario”). Esto, sin dejar de señalar que hubo distintas maneras de militar (“más allá del lugar que haya elegido y las formas que haya tomado”) e intentar un lazo entre presente y futuro.

Resulta necesario enmarcar este discurso reivindicativo en un contexto hegemonizado por versiones oficiales que ubicaban a los militantes setentistas como *subversivos/demonios* y la respuesta de los organismos de derechos humanos en términos *humanitarios*.<sup>7</sup> Ambas opciones dejaban poco lugar para reconocer y discutir el perfil político de la militancia predictatorial.

Pero sería equivocado considerar que este acuerdo cerró el debate puertas adentro de las agrupaciones o eximió de seguir problematizando las maneras de abordar y expresar una mirada al respecto en aquella primera etapa. Solo a fin de ilustrar la permanencia de las discusiones, transcribiré la palabra de dos integrantes de H.I.J.O.S. que aportaron a ellas en diferentes momentos. Por un lado, la palabra de Pablo, en 1998: “La cuestión de la identidad está mal encarada. No acuerdo con presentarnos como ‘hijos de luchadores’ porque toda la sociedad sufrió la injusticia y el genocidio, no sólo nuestros viejos. Por estas cuestiones hay gente que queda fuera de H.I.J.O.S., por una especie de izquierdismo”.<sup>8</sup>

Las palabras resumen aquellas posiciones que cuestionaban una concepción que, por momentos, se concentraba en celebrar el compromiso y remarcar las actitudes de arrojo y confrontación por sobre otras características y enfoques.

En un sentido diferente, Fede, en 1999 argumentaba a través de un escrito sobre el rol de la agrupación en base a una lectura que destacaba la persistencia entre los objetivos políticos de padres/madres e hijos:

H.I.J.O.S. es quizás la única organización que expresa una continuidad entre las generaciones revolucionarias de los 60/70 y la actualidad; un hilo conductor que no sólo es afectivo en relación a nuestros viejos y a su lucha, sino que es también la reafirmación plena de que esos objetivos revolucionarios de nuestros viejos siguen vigentes y que, con todas las normales diferencias políticas, sus hijos tomamos en nuestras manos esas mismas banderas, más vigentes que nunca, si se quiere, al borde del 2000.<sup>9</sup>

Aquí la mirada es netamente de continuidad entre organizaciones revolucionarias y el nuevo organismo de derechos humanos. Considero que se trata de un discurso que incluye aspectos de una narrativa revolucionaria asociada al “izquierdismo” que criticara Pablo en la cita anterior, aunque también señala una narrativa secuencial que se fue consolidando internamente. Además de aspectos biológicos, existirían objetivos políticos compartidos.

Otro dato que puede ilustrar este tema es que se instaló una forma de presentarse (entre integrantes, en público o en charlas en colegios) que incluía la ubicación en uno de los cuatro orígenes, pero también el lugar de militancia del padre o madre. Esa militancia, en muchos de los casos, estaba vinculada a alguno de los grupos armados, principalmente Montoneros o PRT-ERP.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Emilio Crenzel, *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

<sup>8</sup> Anotaciones de la asamblea de H.I.J.O.S. Mendoza, 3 de abril de 1998.

<sup>9</sup> Extracto de un documento firmado a título personal y circulado en papel en la reunión de delegados posterior al Encuentro Nacional de 1999.

<sup>10</sup> Esta situación contrastó durante mucho tiempo con la manera de darle un tratamiento al tema por los ex presos políticos, quienes en varios casos mantuvieron en reserva su espacio de militancia (en especial quienes tenían actividades clandestinas), inclusive entre sus pares, situación que cambió con la reapertura de los juicios, que, en el caso

Lo que intento señalar es que, si bien muchas de las personas que conformaron H.I.J.O.S. en esos primeros tiempos no tenían toda la información sobre sus padres, sí existía una idea de la temática de la lucha armada en general, que emergió rápidamente como uno de los ejes que orientaron las discusiones. Más allá de las dificultades, estrategias y posicionamientos, no existieron posturas que condenaran la militancia de padres y madres, opción que podría haber existido en el marco de una sociedad –incluyendo a los organismos de derechos humanos surgidos en dictadura– que no había logrado elaborar esa situación de manera efectiva y en la que prevalecía una condena abstracta hacia “la violencia” de cualquier tipo.

El consenso logrado para levantar la consigna de la reivindicación de la lucha no implicó ni el fin del debate ni la falta de posibilidades para plantear posturas divergentes a nivel interno. Tanto la advertencia sobre lo excluyente que podría ser pensarse como “hijos de luchadores” como la opción de reconocerse en continuidad con los proyectos revolucionarios pudieron ser planteadas para su discusión. No interesa tanto la representatividad de estos posicionamientos citados, sino señalar con su presencia los amplios márgenes que existieron para tratar el tema, aun después de logrado un consenso al respecto.

Si bien algunas consignas se comparten con los otros organismos, como “No olvidamos, no perdonamos”, se mezcla con “Desmantelamiento del aparato represivo” o “Reivindicamos la lucha de nuestros viejos”. Me parece que esa es la más particular dentro de las consignas,

con todo lo que eso conlleva, con la discusión que llevó y con toda la madurez en cuanto a la reconstrucción que eso significó. Entender la lucha de tus viejos en determinado contexto político, me parece que es parte de la consigna que te identifica.<sup>11</sup>

En definitiva, lo que quiero señalar en este punto es que la mirada hacia la militancia política setentista por parte de H.I.J.O.S. incluyó un proceso de asimilación de la temática de la lucha armada que, considero, logró evadir las limitaciones que plantean su representación en términos heroicos. Esto es, ni la idealización inalcanzable (presente en la advertencia de Pablo que apunta a reconocer lo compartido entre “nuestros viejos” y la sociedad) ni la renegación de las utopías (la postura de Fede como registro de posiciones que señalaban el vínculo entre proyectos políticos y la necesidad de sostener “esas mismas banderas”).

Tal elaboración, por otro lado y más allá de las particularidades, sintonizó con parte de las visiones que sostenían otros actores políticos del momento. Tomaré en cuenta el trabajo de Sebastián Pereyra, en el que señala tres situaciones que habrían redireccionado las concepciones de los organismos de derechos humanos “históricos” a partir de los 90, fundamentalmente Madres, Abuelas y Familiares. En primer lugar, la apertura de discusiones referidas al sistema democrático y “sobre los elementos que permitían marcar una continuidad entre la lucha que habían sostenido los militantes de izquierda en la década del setenta y las luchas actuales contra un modelo económico neoliberal que comenzaba a imponerse en la Argentina”.<sup>12</sup>

de Mendoza, se dio en 2010. Esto provocaba situaciones contradictorias, como la de hijos que nombraban públicamente la pertenencia política de sus padres ex presos o exiliados, aunque estos no lo expresaran aún abiertamente.

<sup>11</sup> Entrevista a Ernesto en Nazareno Bravo, *Los derechos humanos en Argentina de 1976 a 2001: Discursos y prácticas*, tesina de grado, Mendoza, Uncuyo, 2001, p. 66.

<sup>12</sup> Sebastián Pereyra, “¿Cuál es el legado del movimiento de derechos humanos?”. En: Federico Schuster y otros (comps.), *Tomar la palabra; estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo, 2005, pp.161-164.

En segundo lugar, el autor refiere al impacto de los indultos y al “desplazamiento de los reclamos de justicia vinculados a los crímenes de la dictadura hacia la búsqueda de la condena social y hacia la profundización de una reconstrucción de la memoria colectiva del significado y las consecuencias del terrorismo de Estado”.

Un tercer elemento se vincula con la centralidad que adquirió la cuestión de la impunidad, no solo asociada a los crímenes de Estado en manos militares, sino también a la violencia policial en democracia.

La pérdida de expectativas en la democracia como dadora de respuestas a los reclamos de verdad y justicia, sumada a la emergencia de problemáticas sociales provocadas por el neoliberalismo y a la persistencia de un aparato represivo “intacto” desde la dictadura, todo colaboró en un reposicionamiento de las organizaciones de derechos humanos. Desde aquí podrían derivarse parte de las explicaciones de la sintonía entre algunos discursos de los organismos, incluido H.I.J.O.S. pero sobre todo la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, con lecturas en las que ya se señalaban las vinculaciones entre el modelo económico y la represión, además del rol de los partidos tradicionales en ese panorama.<sup>13</sup>

Para ampliar la discusión sobre este quiebre que se produce entre fines de la década del 80 y principios de la de los 90, propongo considerar los aportes de los estudios sobre juventudes y participación política en Argentina a partir del con-

cepto de *generación política*. En ese marco, afirman que

Los sentimientos, percepciones y prácticas comunes no sólo deben poner en juego una creencia compartida para hacer de un conjunto de sujetos un grupo, sino que además éste debe cobrar existencia sobre la base de un rechazo hacia el orden establecido. Es decir, en la búsqueda –aun cuando esta sea incipiente y fragmentaria– del redireccionamiento del curso de la política como expectativa o misión generacional.<sup>14</sup>

Desde aquí, los autores, plantean una serie de etapas a partir de las maneras hegemónicas en las que se establecieron las relaciones entre juventudes y política: de 1968 a 1975 (“Los años dorados de la movilización social y juvenil”), de 1976 a 1983 (“Entre la represión y la resistencia”), de 1983 a 1989 (“Restauración democrática y retorno a la legalidad de las instituciones políticas”) y de 1989 a 2001 (“La larga década neoliberal: entre la crisis de la política institucional y la movilización juvenil en las calles”).

A partir de los 90, las percepciones sobre la política que se habían fortalecido desde el retorno democrático entran en crisis. Aquí también es posible reconocer las bases de la imposición de un perfil de participación (“la buena política”) más bien excluyente, en tanto y en cuanto solo legitimaba las acciones que apuntalaran al sistema en pleno neoliberalismo.

Así, 1989 marca un momento de quiebre respecto de las expectativas construidas en torno

<sup>13</sup> A la luz del tiempo transcurrido, puede ser interesante considerar que en esa primera etapa las relaciones, articulaciones y debates –en varias ocasiones sumamente intensos y que provocaron rupturas internas y el alejamiento de integrantes de la organización– con partidos o agrupaciones políticas tenían que ver casi exclusivamente con la izquierda (PC, PCR, PTS, MST, entre los principales) o con una izquierda nacional o nacional popular (Quebracho o Patria Libre, por ejemplo). En varias regionales había integrantes que también militaban en partidos de estas corrientes, aunque siempre eran una minoría.

<sup>14</sup> Andrea Bonvillani, Alicia Palermo, Melina Vázquez y Pablo Vommaro, “Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina”. En: Sara Alvarado y Pablo Vommaro (comps.), *Jóvenes, cultura y política: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Santa Fe: Homo Sapiens, 2010, p. 26.

a la posibilidad de consolidar un modelo estable de democracia y bienestar social que resolviera la cuestión social pendiente y abierta por la dictadura. La vuelta de la democracia era interpretada como oportunidad para “restituir la política en su lugar”. Fue así como se definieron los contornos de la “buena política”, cuyo actor principal era el ciudadano; el acto político por excelencia, la participación en los actos electorarios y la representación política debía articularse por los partidos políticos.<sup>15</sup>

La etapa que va de 1989 a 2001 es la de la generación política que debió encontrar maneras de participar en ese quiebre profundo en las expectativas hacia las instituciones.

De ahí la importancia que cobra la emergencia de modalidades de organización colectiva y participación política por fuera de las vías institucionales de implicación con la política, creándose nuevos repertorios de movilización social, demandas y actores político-sociales. De este modo, se mostraron los límites del concepto de ciudadanía como vía de participación e implicación en la vida pública.<sup>16</sup>

El cruce entre un contexto crítico y desalentador, articulado con las necesidades personales de elaborar y comprender el contexto de los 60 y 70, permitió una irrupción renovada del tema de la lucha armada que cuestionó las etiquetas de *subversivo* y de *demonio*, como también la despolitización en la que derivaban parte de las argumentaciones

humanitarias, para habilitar una mirada lo más cercana posible a las trayectorias vitales interrumpidas. Trayectorias que incluían la opción por las armas pero también otras prácticas políticas que se entremezclaban con modos, elecciones, costumbres cotidianas y anécdotas que permitían una mirada sobre aquella militancia que la volvían más cercana, más real.<sup>17</sup>

Es a partir de estos procesos personales y políticos a la vez donde puede ubicarse la consolidación de una narrativa que valorizó la práctica militante a partir de destacar el compromiso y el arrojo, pero que también ofreció puntos de contacto con la vida cotidiana de jóvenes de otras generaciones.

En un contexto desalentador para la participación, de ausencia de referentes y limitadas líneas de orientación política, la revalorización de la experiencia setentista resultó un aporte para la edificación de unas (otras) perspectivas militantes. Las respuestas de esta generación política estuvieron vinculadas a un tipo de activismo que buscó nuevos formatos para objetivos menos abarcadores que los que habían impulsado la participación previa (la revolución, la recuperación democrática y su sostenimiento).

En lo que sigue, quisiera trascender el plano discursivo y poner en discusión la forma en que las prácticas participativas de H.I.J.O.S. también pueden ser valoradas con referencia al legado militante de la generación de sus padres.

<sup>15</sup> Denis Merklen, *Pobres ciudadanos; las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla, 2005, p.22.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>17</sup> Aunque de manera restringida, la temática de la revolución o, inclusive, de la lucha armada estuvo presente y fue reivindicada en forma paralela a los procesos mencionados, en distintas experiencias culturales como la escena musical “alternativa” de los noventa. Tanto el zapatismo, como el Che, Sandino o las guerrillas aparecieron mencionadas y graficadas reiteradamente en discos de punk, rock latino o *reggae* de la época, marcando el enorme contraste con la política del momento y la necesidad de transformación. Estos discursos se desplegaron sobre todo en circuitos periféricos, no comerciales, pero resultaron una vía de contacto –al menos discursivo– entre la idea de revolución y sectores juveniles de los noventa. (Cfr. Nazareno Bravo, “Rieles de acero en tiempos de caos: El reggae rasta en la Argentina neoliberal y la construcción de identidades juveniles”. En: Hugo Biaggini y Gerardo Oviedo (comps.), *Pensamiento Alternativo en la Argentina Contemporánea; Derechos humanos, resistencia y emancipación (1960-2010)*, Tomo III. Buenos Aires: Biblos, 2016, pp. 457-475.

## Lazos, legados y conexiones. El escrache como acción directa posible en el neoliberalismo

Retomo aquí la idea de que la elaboración de la experiencia política de los 60 y 70 en los términos consensuados por H.I.J.O.S. habilitó acciones concretas y concepciones que dinamizaron la participación. Para ello recupero un texto publicado por la agrupación en Mendoza en 1998 en el que se plasma una definición consensuada a nivel nacional:

Rol de H.I.J.O.S.: Construir nuestra identidad y a partir de ella aportar al cambio social que todos creemos necesario. Nuestra contribución será la de ser parte de la reconstrucción histórica, la de mostrar el hilo conductor entre el hoy y el ayer, y la de ayudar a restituir los lazos solidarios destruidos por la dictadura ¿Cómo? Denunciando a los asesinos y a sus cómplices, repudiando el aparato represivo que sigue intacto para garantizar el plan económico que fue principal objetivo de la dictadura y que hoy se profundiza hasta el límite de lo creíble, peleando por el juicio y castigo a través del juicio social, reivindicando la lucha y la organización como formas de motorizar el cambio y manteniendo viva la memoria, entendiendo a la memoria como una lectura particular de la historia y no como una simple enumeración de hechos. Esto implica laburar en todos los ámbitos posibles, creando herramientas de lucha propias y originales que aporten a construir y recuperar la memoria colectiva de nuestro pueblo.<sup>18</sup>

Me interesa destacar la vocación por “aportar al cambio social” y “restituir los lazos solidarios”. En el primer caso, entiendo que “cambio social” viene a reemplazar, en el nuevo contexto, la idea de “revolución”. Esto es, se plantea una continuidad posible en un contexto di-

ferente. La restitución de lazos sociales, por su parte, se propone a partir de acciones: denunciar a los asesinos y cómplices, pelear por juicio y castigo, crear herramientas propias, construir memoria colectiva.

No es forzado reconocer que los escraches<sup>19</sup> llevaron a la práctica buena parte de estas proposiciones ni que la idea de *hilos conductores* (entre padres e hijos, entre luchas pasadas y actuales o entre represión y neoliberalismo) tuvo un peso específico a la hora de elaborar perspectivas y discursos.

En tanto forma de acción directa, el escrache supuso una revalorización de la participación en un contexto de creciente *profesionalización* y privatización de la política que se hizo hegemónica durante la etapa más marcadamente neoliberal del siglo XX. La desconfianza en las instituciones o la lejanía entre juventudes y política pueden ser postulados como “éxitos” del plan genocida, tanto por la concreción del “no te metás” como por lo dificultoso de comprender la decisión de “dar la vida” por cuestiones políticas como sugieren los discursos heroicos.

Pero, además, el escrache también se planteó como una forma de discutir los límites del sistema democrático (hiper)liberal, entronizado como la única opción posdictadura. “Si no hay justicia, hay escrache” es más una advertencia de algo que va a ocurrir por un estado de cosas que una exigencia a las entidades estatales. Se denuncia la impunidad, se nombran instituciones y responsables, pero no se espera nada de allí o, para matizar esta interpretación, se intenta construir un mecanismo colectivo que aplique sanciones colectivas a los impunes más allá de los formalismos legales.

<sup>18</sup> Resolución de H.I.J.O.S. Red Nacional en revista de la regional Mendoza, 1998, p.7.

<sup>19</sup> Los escraches fueron actos de repudio a los perpetradores del genocidio que se organizaban frente a sus domicilios particulares. Se trató de un modo de denunciar la impunidad e intentar desnaturalizarla a partir de reconocer la vecindad con los represores. A partir de la trascendencia de los escraches en aquel contexto, surgieron numerosas acciones similares para casos bien disímiles, siempre asociadas a la denuncia de situaciones consideradas injustas.

Esa mirada disruptiva también enlazaba simbólicamente con la de quienes habían querido cambiarlo todo algunas décadas atrás, apostando a la revolución, más allá de los innegables límites para replicar semejante experiencia. Lo disruptivo podía replicarse en un nuevo contexto, los escraches, por ejemplo. Lo revolucionario era lo imposible de concretar (no así de plantear, como vimos, aunque sin efectos prácticos), aunque esto no dependía de la decisión grupal.

Pero no quisiera restringir el análisis a las continuidades, recuperaciones y reivindicaciones intergeneracionales ensayadas por H.I.J.O.S. a partir de su surgimiento. También existieron definiciones y prácticas que señalan un distanciamiento (necesario en términos de crecimiento y madurez) cuestionador referido a las trayectorias paternas, aunque quedaran enmarcadas en una crítica más extensa y abarcadora.

Me refiero, de manera sintética, a la elección de un formato organizativo horizontal y basado en la democracia directa.

---

Desde que H.I.J.O.S. se conformó decidimos funcionar de manera horizontal, sin delegados ni presidentes ni dirigentes, sin dejar en manos de nadie ni las decisiones ni el compromiso que cada uno debe aportar para que esta organización funcione. Por eso todo lo decidimos en asamblea de la que participamos todos y todas, y es regla fundamental el respeto por esas decisiones. Decimos que tenemos voluntad de consenso, porque no votamos, es decir que dilatamos las decisiones todo lo que sea necesario de modo que todos estemos convencidos. Hasta hace unos años era para nosotros una metodología, pero en un Encuentro Nacional decidimos elevarla a Punto Básico, porque no es sólo una forma de funcionar, sino una manera de pensar la política que intentamos llevar a la práctica todos los días.<sup>20</sup>

---

Es reconocible la marca de época en esos modos de organizarse internamente, compartidos tanto por organizaciones

territoriales, artísticas y hasta productivas. Pero también es cierto que su adopción se justificó en oposición al verticalismo. Orientación que comparten tanto los partidos políticos con llegada al poder en nuestro país como las organizaciones políticas - militares de los 60 y 70 y también las organizaciones de derechos humanos como Abuelas o Madres.

En definitiva, considero que la apuesta por la participación y el activismo en un contexto desfavorable está asociada a una elaboración sobre la militancia previa a la dictadura, que incluyó aspectos suyos que pudieron ser actualizados en otro contexto, al tiempo que se descartaron o rechazaron otros. Si bien dicha construcción se intersectó en algunos momentos con la visión heroica, lo que prevaleció fue más una recuperación crítica basada en la necesidad de contextualizar la lucha armada y sus motivaciones en conjunción con aspectos de la vida cotidiana. La acción, la participación, el involucramiento, en este marco, significaron tanto una respuesta al individualismo neoliberal que fundó la dictadura y se consolidó con el retorno democrático como una manera de enlazar las trayectorias paternas con las propias.

## Conclusiones

A partir de la pregunta por las formas y posibilidades de transmisión intergeneracional de experiencias militantes previas y posteriores a la última dictadura militar, recuperé algunas discusiones y experiencias de la agrupación H.I.J.O.S. en la etapa de su surgimiento.

Si la *generación política* de quienes se integraron a algún tipo de espacio de participación política durante los últimos años del gobierno *de facto* y hasta fines de la década del 80 padecieron cierta orfandad provocada por la ruptura de lazos sociales que logró el genocidio, la que le sucedió

<sup>20</sup> H.I.J.O.S., "Horizontalidad" en H.I.J.O.S. Red Nacional, s/d, p.12.

ensayó formas de reinscripción genealógica que buscaron revertir esa situación.

El caso de H.I.J.O.S. —en tanto emergente de formas de participación renovada— permite abordar estos procesos de manera directa, en tanto y en cuanto existen lazos familiares con la militancia de los 60 y 70 y porque se trata de una experiencia en la que, justamente, primó entre sus objetivos la reconstrucción de historias personales atravesadas por la política. Esta particularidad, sin embargo, no impide vislumbrar que existen entre esta agrupación y otras formas de participación surgidas en los 90 numerosos puntos de contacto y cosmovisiones compartidas en ese contexto.

La entronización de una versión de la política reservada para quienes aceptaran las reglas de instituciones de marcado perfil neoliberal derivó tanto en su rechazo como en la exploración de nuevos formatos en los que fue posible la participación más allá del poco, nulo o tardío reconocimiento del campo político. En ese marco limitante para la participación, la reconstrucción de las historias personales de padres y madres que habían formado parte de una generación sumamente politizada pero en sentidos diametralmente opuestos a los reinantes resultó una herramienta para un tipo de activismo que marcó a la nueva generación política. —